

CON MANOS VACÍAS

JONATHAN HANEGAN

Somos peregrinos y extranjeros aquí en la tierra. Vamos en camino a nuestra patria celestial. Cuando Jesús mandó a sus discípulos a predicar les dijo que no llevaran nada para el camino: ni bastón, ni bolsa, ni pan, ni dinero ni dos cambios de ropa (Lucas 9:3). Jesús también practicaba un tipo de minimalismo: él no tenía nada. Nuestro Señor nos advirtió acerca de los peligros de la avaricia y la acumulación de los bienes materiales. Nuestro peregrinaje se renueva cuando vaciamos las maletas y dejemos el sobrepeso que no nos permite viajar libremente hacia Dios.

Dios tiene mucho que quiere ofrecernos. Si tenemos nuestras manos llenas de bienes materiales, ¿cómo recibiremos la bendición de Dios? Si estamos totalmente contentos con nuestra situación, no tendremos ganas de recibir lo que Dios nos quiere dar. Estar saciado espiritualmente hablando es un gran peligro. El hambre espiritual nos despierta y nos impulsa a buscar llenarnos más de Dios. Jesús señala a los hambrientos espirituales y dijo “bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos” (Mateo 5:3).

Llegar a los pies de Cristo con las manos vacías significa tener un espíritu humilde y una perspectiva realista de nuestra condición. Pablo exhorta que deberíamos tener la misma actitud que tuvo Cristo Jesús:

Quien siendo por naturaleza Dios,
No consideró el ser igual a Dios como algo a qué aferrarse.
Por el contrario, se rebajó voluntariamente (se despojó de sí mismo)
Tomando la naturaleza de siervo
Y haciéndose semejante a los seres humanos.
Y al manifestarse como hombre,
Se humilló a sí mismo
Y se hizo obediente hasta la muerte
¡Y muerte de cruz! (Filipenses 2:5-8 NVI)

Vemos aquí que la vida que agrada a Dios es una en que nos humillamos, una vida de obediencia radical y servicio hasta el punto de sacrificio y muerte. Siendo como Cristo es la única forma de evitar el peligroso orgullo y egoísmo que nos alejan de Dios.

El cristianismo está lleno de paradojas. El primero será el último. El más pequeño es el más grande. Los pobres serán ricos. Pero el paradoja más perplejo es que la fuerza se halla en la debilidad y el poder en el acto de sumisión. Es cuando reconocemos que Dios es el gran Proveedor de la vida que nos rendimos a sus pies, con las manos vacías.

Siempre buscaremos llenar nuestras manos con bienes materiales, procurando nuestra propia seguridad hasta que nos demos cuenta que la verdadera y duradera seguridad proviene de Dios. Y sólo Dios puede darnos su seguridad si llegamos dispuestos a recibirla con las manos vacías.

El salmista nos instruye: estad quietos, y conoced que yo soy Dios (Salmo 46:10). Ese pequeño consejo tiene grandes consecuencias. Cuando reconocemos que todo lo que tenemos viene de la mano de Dios y que nada somos sin él, podemos correr hacia sus brazos abiertos, con las manos vacías para recibir la vida que él ha provisto para nosotros.